



LA CIENCIA POLÍTICA HISTÓRICA

HISTORIADOR DE ALEMANIA Y POLITÓLOGO EN EL MUNDO: CONVERSACIÓN CON HANS-JÜRGEN PUHLE

Abdón Mateos
UNED

Hans-Jürgen Puhle es uno de los historiadores y politólogos más significados entre los que han tenido relación con el pasado de España y de Iberoamérica durante el siglo XX. Partidario del diálogo entre la historiografía y la ciencia política, ha incursionado, entre otras materias, en la historia de los partidos políticos, de los procesos de democratización y en el análisis de los nacionalismos y populismos. Además, es un historiador con «biografía», dada su implicación en la implantación de la socialdemocracia en América Latina y en la Transición española, impulsando la constitución de diversas casas de estudio sobre estos temas en Alemania.



¿Cuáles fueron tus primeros pasos formativos?

Estudié Historia, Ciencia Política y Filosofía a principios de los años sesenta en varias universidades: Tübingen, Marburg y la Universidad Libre de Berlín. Realicé mi tesis doctoral en 1965 sobre un tema muy alemán: los grupos de presión agrarios en la Alemania del Imperio guillermino, en la etapa posterior a Bismarck, y su relación con el nacionalismo alemán, que absorbió al viejo conservadurismo prusiano, hasta 1914.

Mis maestros fueron, en Historia, Gerhard A. Ritter, de Berlín, en la época, un gran experto en la historia del movimiento obrero y sindical

alemán y del estado de bienestar, y en Ciencia Política, Ernst Fraenkel, uno de los fundadores de la disciplina en la época de la posguerra. Tras acabar el doctorado, tenía ganas de dedicarme a otra área geográfica, como América Latina. Todavía no sabía bien castellano, pero sí latín y francés, lo que me facilitaba la comprensión de la lengua escrita.

Mi primer contacto con América Latina fue casi aventurero. En diciembre de 1965, la Fundación Friedrich Ebert se puso en contacto conmigo. Necesitaban elaborar con urgencia para el





gobierno alemán un informe acerca de la política social de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), que debía estar listo en enero de 1966. Pero todos los «sospechosos habituales» que figuraban como expertos en las listas de la Fundación y del Ministerio estaban de vacaciones de Navidad. La República Federal de Alemania, junto con Canadá y Estados Unidos, había lanzado el famoso Plan triangular, concediendo créditos sustanciales a Bolivia y a la COMIBOL (empresa de la gran minería nacionalizada en la revolución de 1952) con el objetivo de invertir para modernizar, y querían saber qué pasaba con el dinero invertido en Bolivia. Fue una dura estancia de diez días a fines de año, durante los que visité muchas minas, estudié la documentación de los pagos y servicios sociales, hablé con gerentes y administradores, con mineros y sindicatos, y finalmente con la administración central en La Paz. El problema era que había demasiados datos obtenidos de estadísticas oficiales, contradictorias y poco fiables. Después de una noche de juerga con el gerente general, un ingeniero canadiense, conseguí unas estadísticas más ajustadas a la realidad, escritas a lápiz, que eran más fiables que las que manejaban el Parlamento, el Ministerio o la Presidencia.

El informe fue muy valorado en la Fundación Ebert y en los ministerios, y a partir de entonces fui considerado un experto en materias de América Latina. Al año siguiente, la Fundación me propuso ir a Santiago de Chile como codirector del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), al mismo tiempo su sede central para toda América Latina. Estuve en el país entre los años 1966 y 1968, organizando el Instituto (y sus sucursales en otros países latinoamericanos) y viajando mucho para establecer contactos con los centros de estudios sociales, lanzar proyectos de investigación y organizar seminarios con sindicalistas, cooperativistas, jóvenes y líderes políticos, muchas veces de la oposición. Al mismo tiempo enseñé en la Universidad de Chile como profesor visitante, y participé, junto con Ricardo Lagos y otros, en

fundar el Instituto de Ciencia Política de esta universidad.

Enseguida te vinculaste con la socialdemocracia alemana.

Yo ya era miembro del partido socialdemócrata y del sindicato. Como estudiante, había trabajado como periodista político y había sido además muy activo en mi universidad, desempeñando el liderazgo del movimiento estudiantil en el parlamento y en el senado de la universidad. La Universidad Libre de Berlín era la única universidad alemana en la cual los estudiantes teníamos amplios derechos de representación y coparticipación en algunas materias, mucho antes de la revolución estudiantil de 1968. En el partido, y particularmente en los sindicatos, teníamos contactos con antiguos exbrigadistas, que ejercieron un cierto influjo sobre los militantes del SPD, y despertaron en ellos el interés por la recuperación de la democracia en España.

La revolución cubana despertó el interés occidental sobre el área de América Latina en el contexto de la Guerra Fría.

Sí, es cierto. Fue un momento muy oportuno, y al mismo tiempo difícil para la función que yo debía desempeñar, en particular después de que se produjesen diversos escándalos vinculados con la intervención de la CIA, como el proyecto *Camelot*, lo que provocó una reacción nacionalista en América Latina, y en Chile en particular. Entonces no era fácil legalizar las actividades de ILDIS y de la Fundación Ebert en Chile: duró más de un año. El problema no fue el gobierno del presidente democristiano Eduardo Frei, sino el influyente (y más nacionalista) presidente del Senado, Salvador Allende, con quien tenía que cenar varias veces antes de darnos su visto bueno.

La Internacional Socialista decidió ampliar su membresía entre partidos progresistas o populistas de carácter reformista.





La Internacional se abrió a movimientos políticos y sindicales progresistas, aunque algunos de ellos presentaban un cierto cariz populista. Hemos trabajado con muchos de ellos, particularmente en la formación de dirigentes jóvenes. Fue en ese momento cuando conocí a Dieter Koneiecki, quien había salido de la cárcel en Checoslovaquia y había sido destinado por la Fundación Ebert a México. Allí también teníamos contactos y a veces trabajábamos con exiliados españoles, la mayoría de ellos socialistas.

¿Cómo se produjo tu reinserción en la vida académica alemana?

A los dos años decidí regresar a Alemania, para recuperar mi carrera académica. No quería trabajar para siempre para la Fundación Ebert, aunque fue una muy buena experiencia. Primero empecé en la Universidad de Münster, donde fui profesor asistente, y, en 1973, presenté mi tesis de habilitación (en historia contemporánea y ciencia política) sobre la política de los grupos de intereses agrarios en Alemania, los Estados Unidos y Francia a través del largo siglo XX. En Münster impartí mis primeros seminarios sobre Historia de España, a partir del drama de la Guerra Civil. A partir de ahí fuimos ampliando nuestro interés por el pasado español, de la II República a la dictadura de Primo de Rivera, la monarquía de la restauración, y a la historia de los nacionalismos periféricos, por el otro lado al régimen franquista, y formando a diversos doctorandos tanto en Münster como, más tarde, en Bielefeld y Frankfurt am Main. Algunos de mis mejores discípulos han trabajado sobre España, como Ludger Mees (hoy en la Universidad del País Vasco) o Klaus-Jürgen Nagel (hoy en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona). La mejor de mis discípulas, Henrike Fesefeldt, realizó una tesis sobre el sindicalismo socialista y la UGT, aunque luego no siguió la carrera académica, lamentablemente. También participamos activamente en algunas actividades realizadas con ocasión de la conmemoración de la Guerra Civil.

Al cabo de un tiempo, en 1978, me trasladé a la que entonces era la mejor facultad de Historia de Alemania, caracterizada por su dedicación a la Historia Social y de las estructuras, la joven Universidad de Bielefeld (fundada en 1969), en la que impartían su magisterio colegas como Reinhart Koselleck, y mis amigos Jürgen Kocka y el recientemente fallecido Hans-Ulrich Wehler. Se trataba de una universidad promovida por el gobierno con el objetivo de renovar los métodos de enseñanza y de investigación. Allí viví una época de intensa y fecunda producción científica, y de fructífero intercambio intelectual. Recibíamos numerosos profesores visitantes, y en Bielefeld surgió un grupo de historiadores con un sello distintivo en el estudio de la Historia Social, o mejor: la Historia de la Sociedad entendida como «ciencia social histórica», lo que algunos han llamado la escuela de Bielefeld (aunque nosotros nunca hemos usado este término).

¿Cuál fue la mejor aportación de Bielefeld en el ámbito historiográfico y cuál es tu opinión sobre la concepción de la historia de Kocka, por ejemplo?

Estoy de acuerdo con la concepción de Jürgen Kocka. Hemos discutido y colaborado mucho desde que éramos estudiantes en Berlín, y hemos promovido muchos proyectos en común, particularmente cuando estuvimos juntos en Münster y en Bielefeld. Compartimos la misma idea de una historiografía crítica («posthistoricista») que sea una «historia de la sociedad», de sus estructuras y sus procesos, que analice (más allá de la mera narración o «comprensión»), se inspire en las preguntas planteadas por las ciencias sociales más sistemáticas, que compare y que trate de sintetizar los resultados en términos claros y analíticos. En eso mantenemos un consenso básico, que más o menos se corresponde con lo que formulamos en su día, junto con Hans-Ulrich Wehler y otros, en el editorial del primer número de nuestra revista *Geschichte und Gesellschaft*, en 1975. Por supuesto, con las modificaciones y aspectos complementarios





que reflejan lo que hemos aprendido en los cuarenta años después. Y creo que este nuevo enfoque, así como una serie de trabajos empíricos, metodológicos y teóricos que hemos tratado de promover e inspirar de acuerdo con esas líneas maestras, tal vez pueden considerarse como la mejor aportación de «los de Bielefeld» en el ámbito historiográfico.

También debería señalar que nunca fuimos un grupo completamente homogéneo. Hay variedades que reflejan diferentes enfoques e intereses particulares de investigación, preferencias de análisis y diferencias en la especialización profesional. Jürgen Kocka, por ejemplo, se ha dedicado más a una historia social estructural, en términos de estratificación e interacción social, incluyendo los agentes y actores económicos y sociales, los problemas de la sociedad civil, y las cuestiones de metodología y teoría de la Historia. Hans-Ulrich Wehler y yo hemos trabajado preferentemente en el campo de una historia social de la política. Wehler se sumergió más a fondo en el estudio de la historia alemana, y yo mostré un mayor interés en las comparaciones y en el análisis de las diferentes trayectorias de modernización. Además, en Bielefeld se desarrollaron otros enfoques muy importantes y específicos, como la *Begriffsgeschichte* (historia de los conceptos) inspirada por el también fallecido Reinhard Koselleck.

A partir de 1990 te trasladaste a la Universidad de Frankfurt, dirigiendo el Centro de Estudios sobre Norteamérica

La dirección de este centro interdisciplinario solamente fue una de mis nuevas funciones. Ya había trabajado y enseñado sobre Norteamérica antes. Lo más importante fue el cambio del contexto y del ambiente disciplinar, de una cátedra de Historia a una cátedra de Ciencia Política comparada, en el seno de la Facultad de Ciencias Sociales. Para mí, eso no fue un gran cambio, porque siempre había trabajado en ambas disciplinas. Pero sí eran diferentes, hasta cierto pun-

to, los problemas curriculares, los acentos de la enseñanza y las perspectivas y esperanzas de los estudiantes. En lo referente a la investigación, este cambio también venía a reflejar la orientación de mis intereses de las últimas décadas, que se centraron, por un lado, en el estudio de las dinámicas de democratización, de cambio de régimen y de calidad de la democracia, y por el otro en las diversas trayectorias de las sociedades en la modernidad.

Una de tus mejores cualidades como historiador es el interés por el diálogo con las ciencias sociales, elaborando conceptos como democratización, populismo o consolidación democrática.

El diálogo con las ciencias sociales ya lo habíamos practicado como estudiantes en Berlín. Nos parecía imprescindible, porque pensábamos que la historiografía, bien entendida, debe ser considerada como una ciencia social. Sobre el populismo, como concepto «genérico», y sus variedades empíricas he trabajado desde mis primeras estancias en universidades latinoamericanas y estadounidenses a partir de las décadas de 1960 y 1970. Y también iniciamos en los años setenta los estudios de las «transiciones» de regímenes políticos y los procesos de consolidación democrática, tratando de modo casi simultáneo los casos de América Latina y de Europa del Sur, siendo patrocinados en la época por el Wilson Center de Washington, el Social Science Research Center de Nueva York, y con fondos de un programa especial de la Fundación Volkswagen, que nos permitían promover varios proyectos sobre las democratizaciones en los países de Europa del Sur. Entre ellos, un grupo de trabajo que organizó casi veinte coloquios sobre las transformaciones en España y Portugal en Bad Homburg; el gran proyecto sobre las nuevas democracias en Europa del Sur, junto con Richard Gunther, Nikiforos Diamandouros, José Ramón Montero, Juan Linz y otros, que ha producido cinco volúmenes importantes; y nuestro estudio de las elecciones generales de octubre de 1982 en España que se publicó





en 1986: *Crisis y Cambio*, editado por Juan J. Linz y José Ramón Montero. En mis contribuciones a esos volúmenes, yo me he centrado de modo particular en el análisis de la consolidación de la democracia y de los partidos socialistas, tanto en España como en Portugal y en Grecia.

Creo que participaste en tareas de asesoramiento político durante los años de la Transición española.

En los años de 1977 y 1978 participé en la celebración de varios seminarios de Derecho Constitucional en Salamanca, La Laguna, Zaragoza y otros lugares, que eran organizados de modo conjunto por el Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional y la Fundación Ebert. Abordamos en ellos todos los temas importantes en el proceso constituyente, y hemos discutido durante largo tiempo sobre los problemas de la organización territorial del Estado. Yo me dediqué en particular a los temas más duros, como el de la financiación y del sistema impositivo en sistemas federales o autonómicos, que no ha sido solucionado hasta hoy. También debatimos con los miembros de la Comisión Constitucional de las Cortes y sus asesores.

Participé igualmente en la campaña electoral de junio de 1977, así como en la de 1979. Me llamó Modesto Seara, quien me introdujo en los recovecos de la política gallega y en la comprensión del «caciquismo». Seara realizó, en los cuatro años que fue secretario general en Galicia, una gran labor en la reconstrucción del socialismo, partiendo de casi nada hasta su enfrentamiento con Alfonso Guerra en las elecciones de 1979 a causa de las listas electorales, ya que la Ejecutiva había decidido dirigir a los líderes regionales a las futuras elecciones autonómicas. Unos años más tarde, en unas reuniones del *brain storming* sobre democracia, a las que nos había invitado el presidente argentino Raúl Alfonsín, coincidí con Manuel Fraga, quien se mostró muy sorprendido de mis conocimientos del caciquismo galaico. Fraga me confesó que su

padre le había presentado al cacique local cuando él tenía apenas diez años.

Modesto Seara se había exiliado en 1960 a México con Manuel Ortuño, patrocinados por el antiguo embajador mexicano ante la Sociedad de Naciones. ¿Cómo lo conociste?

Lo conocí en México. Me lo había presentado Dieter Koniecki, quien trabajó con él en varios proyectos. Por supuesto, en la época discutimos bastante con Modesto la posibilidad de retornar a Galicia en vísperas de la Transición. Luego me invitó a participar en la primera campaña electoral e intervine en diversos mítines en la provincia de Ourense. Me pidieron que explicase cómo veía desde Alemania el socialismo y la socialdemocracia, y los problemas del Estado federal. Noté que la gente tenía una gran expectativa sobre las posibilidades que un futuro Estado autonómico podría ofrecer en materia de servicios sociales. Muchos, por ejemplo, estaban convencidos de que la autonomía casi de forma automática les daría mejores hospitales, etcétera. Yo traté de moderar esas ilusiones, explicando también las dificultades inherentes a organizar de manera descentralizada un Estado del bienestar. También les hablé de la difícil experiencia de la socialdemocracia alemana durante la posguerra.

¿Cuál fue tu relación con los líderes nacionales del PSOE?

Conocí a Felipe González y a Alfonso Guerra en 1976, creo, en una reunión con Dieter Koniecki; poco después a Enrique Múgica, Luis Yáñez y Javier Solana, y luego a muchos otros que formaban parte de la Ejecutiva Nacional o del Comité Federal. Discutimos mucho, en la época, incluso con algunos que se fueron después del liderazgo, como Luis Gómez Llorente. Me impresionaron mucho tanto la habilidad como la dedicación de la nueva generación de los líderes socialistas, su firme compromiso con la democracia, su sentido de lo político, y (con





pocas excepciones) su realismo. Los residuos que todavía se observaban en ocasiones de una retórica revolucionaria, anticapitalista y de lucha de clases no me confundieron tanto, porque conocía un poco la historia del PSOE y de la UGT; también sabía, de mis experiencias latinoamericanas, que cuando un político en español habla de «revolución», en un 85 por ciento de los casos quiere decir «reformas». Los debates que hemos mantenido siempre han sido debates entre iguales, en los cuales los correligionarios alemanes podían ofrecer sus impresiones, experiencias y argumentos, pero quienes tenían que fijar la agenda y tomar decisiones eran los compañeros del PSOE. De manera más particular siempre tuve una gran admiración por el liderazgo de Felipe González, por su visión, su intensidad y presencia intelectual, así como por su retórica, que refleja el balance weberiano entre «pasión y medida», y su evidente carisma. Y por su firmeza cuando era necesario, como en los Congresos del partido en el año 1979. La decisión final en favor de un partido socialista moderno del tipo atrápalotodo (*catch-all*) fue el prerrequisito principal para la victoria electoral de octubre de 1982, y para más de una década en el gobierno.

Creo que tuviste que ver con el Instituto de Técnicas Electorales, con José Félix Tezanos y sus estudios sociológicos sobre la militancia del PSOE.

No mucho, aunque sí conocía sus trabajos y he usado sus datos y estudios. Por ejemplo, en mi análisis del PSOE alrededor y en las elecciones de 1982 (en *Crisis y Cambio*, 1986), y en mi estudio comparativo sobre los partidos socialistas de la Europa meridional de 2001 («Mobilizers and Late Modernizers»). En el campo de los estudios electorales, colaboré más con Juan Linz, con DATA, con José Ramón Montero y a veces con el Centro de Investigaciones Sociológicas. Había conocido a Juan Linz ya en 1970, cuando estuve en la Universidad de Harvard, y durante varias décadas hemos llevado a cabo varios proyectos de interés común, parti-

cularmente en el campo de las transformaciones políticas, las consolidaciones democráticas y los sistemas de partidos y elecciones en nuevas democracias, en cooperación con varias instituciones y con colegas como José Ramón Montero y Richard Gunther. Aprendí mucho de Juan, particularmente en materia metodológica y en técnicas de realización de encuestas. En mis estudios sobre el PSOE renovado a partir de 1974, los puntos más interesantes han sido el carácter moderno del partido *catch-all* (representado de forma casi ideal en los apoyos electorales cosechados en el momento de su victoria más arrolladora, en 1982), sus problemas para ser «predominante, pero heterogéneo», y el hecho de que pertenecía a un nuevo tipo de partidos socialistas europeos a la altura de los principios de la era «postcrisis» y «postmoderna», que ya no construyen tanto estructuras organizativas (como los antiguos), sino que podían «saltarse» esta fase y movilizar de forma puntual, más *ad hoc* y en formas más fragmentadas y flexibles. Por ello, están mejor adaptados a los cambios y «crisis» que han sufrido todos los partidos políticos europeos a partir de los años ochenta. De manera que lo que algunos han visto como un cierto «subdesarrollo» organizativo puede ser, por el contrario, una ventaja.

En los años del tardofranquismo se pensaba que el cambio político en España daría lugar a un modelo italiano, con fuertes partidos democristiano y comunista.

Yo nunca he compartido esa idea, que en gran medida fue sostenida y difundida por la opinión de Juan Linz. Se trasladaba en ella la lógica de la posguerra mundial después de la liberación. Yo pensaba, sin embargo, que España poseía una tradición muy diferente, tanto en la izquierda como en la derecha. Considero que en todo proceso de democratización revisten gran importancia las elecciones «fundacionales», es decir, las primeras elecciones democráticas. Son la *black box* o la caja negra de las elecciones, ya que sus resultados suelen convertirse en carac-





terísticas fundacionales de los ejes del sistema de partidos políticos durante un período de tiempo más largo. Es un momento especialmente delicado, que depende de muchos factores. Y tanto en Portugal como España los socialistas obtuvieron unos excelentes resultados.

Pasando a otro tema, ¿cómo estaba implantado académicamente el americanismo en Alemania?

Existía ya una importante tradición de estudios americanos, tanto norteamericanos como latinoamericanos. En cuanto a los últimos, ha sido muy importante el Instituto Iberoamericano de Berlín (*Iberoamerikanisches Institut, IAI*), cuya biblioteca es una de las mejores y más grandes del mundo en temas de Latinoamérica. A su alrededor se ha formado un gran centro de estudios, con investigadores y diversos proyectos, entre ellos un inventario casi enciclopédico de los estudios latinoamericanos en Alemania (2009). Existe igualmente un gran instituto interdisciplinario de estudios latinoamericanos (*Lateinamerika Institut, LAI*) en la Universidad Libre de Berlín. En la última década y media, las dos instituciones han superado los problemas organizativos (su pertinencia a «sistemas» diferentes), han intensificado su colaboración y establecido un extraordinario núcleo de investigación intensa y de excelencia, con muchos becarios internacionales y estudiantes de doctorado, particularmente en los campos de los procesos del intercambio global y «entre espacios» así como de las dimensiones y dinámicas de las desigualdades en el contexto global.

Tenemos también un segundo gran centro interdisciplinario de estudios latinoamericanos (*Institut für lateinamerikanische Studien, ILAS*) en Hamburgo, dentro de un conjunto que se llamaba inicialmente Instituto Alemán para los Asuntos de Ultramar, cuyos diversos núcleos integrantes (con diversas especializaciones temáticas regionales) habían sido financiados por los ricos exportadores del puerto desde el comienzo del siglo XX, con el objetivo de recabar

información acerca de los países con los que comerciaban, en particular en América y África. Ahora se ha profesionalizado y completamente reorganizado en el *German Institute of Global and Area Studies (GIGA)*, con cuatro institutos «regionales» o «de área» que cooperan con la Universidad de Hamburgo y otros centros de investigación y están contribuyendo mucho tanto a los estudios de área como a los estudios comparativos e «inteárea» y de la globalización. Existe un tercer centro relevante de estudios latinoamericanos en la Universidad de Colonia, con particular visibilidad en el ámbito de la historiografía, de larga trayectoria en esa universidad. Otro centro en la Universidad de Bielefeld ahora es más pequeño.

En el resto de las universidades alemanas, las unidades que se dedican a América Latina son minúsculas: una cátedra y poco más, por lo general en literatura o historia. Actualmente, deberían ser una docena de cátedras en historia, de las cuales algunas carecen de una denominación institucional explícitamente vinculada al mundo latinoamericano, de manera que la denominación puede cambiar con el relevo del titular, como va pasar en Erlangen-Nuremberg, donde se jubiló hace poco mi amigo Walther Bernecker. Otro caso no tan sorprendente es que los profesores son americanistas «a tiempo parcial», porque también hacen otras cosas. Yo soy uno de ellos. Soy historiador y politólogo comparativista, con intereses en Europa, América del Norte y América Latina. Pero nunca he dejado de lado los estudios sobre el mundo hispano-americano.

Los centros de estudios de área están muy relacionados con la diplomacia y los intereses políticos de las potencias

En Alemania, no tanto. Normalmente tienen buenas relaciones con los diplomáticos de las respectivas regiones del mundo, por ejemplo de América Latina, o de China. Pero su trabajo ha sido inspirado en una mayor medida por los





paradigmas y debates que se generan dentro de la propia disciplina científica. En el ámbito de la Historia, se ha tratado en particular de los enfoques de la historia económica y social y la historia cultural, y en las Ciencias Sociales han tenido más relevancia los estudios de las dinámicas y procesos sociales nacionales, y la política doméstica, que el análisis de las relaciones internacionales. Hay mucha más historia diplomática del tipo tradicional en los países que han ejercido poderes coloniales o cuasi-coloniales durante largos períodos, lo que no fue el caso de Alemania, pero sí el de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, y tal vez también el de España.

Creo que te ha interesado también mucho la cuestión del liderazgo. Últimamente has colaborado con tus discípulos Xosé M. Núñez Seixas y Ludger Mees en el libro Nacidos para mandar.

Sí, me invitaron a un curso de verano que se celebró en 2010 en el Palacio de Miramar de San Sebastián, que formaba parte de las actividades con ocasión del cincuentenario de la muerte del primer lehendakari Aguirre, y fue auspiciado por varias instituciones, entre ellas el Gobierno vasco y la Fundación Sabino Arana. Mis amigos me pidieron una síntesis, un discurso general sobre la cuestión y los problemas del liderazgo en la política, que para mí fue un verdadero desafío: una temática completamente nueva sobre la que nunca había trabajado explícitamente. En aquel momento estaba en la Universidad de Harvard como profesor visitante, y podía pensar, leer y preparar el texto en la mejor biblioteca del mundo, además de hablar y discutir con muchos de los expertos y autores relevantes. Espero que el resultado pueda ser útil. Este trabajo me ha proporcionado un gran placer, y quedo agradecido a los colegas y amigos que insistieron en que lo hiciera.